

Vacía

Apenas llegué a clase tiré la mochila, junto con la sudadera, encima del pupitre. Me senté en la silla a esperar, pronto llegaría una chica, la guapa, la pasota, la chula, la mejor según sus amigas. Tonta según yo. Como no, ese precioso cuerpo, vacío de cultura, se sentó a mi lado. Con un poco de asco en sus gestos apartó mi sudadera del pupitre que nos veíamos obligados a compartir.

Es guapa, no lo negaré. Era lista, no lo dudo, pero posiblemente se dejó ensuciar. Ese diamante que pudo haber sido en su tiempo ahora está oculto bajo una gruesa capa de materia fecal.

Nadie ya se quiere esforzar en limpiarla, podrían ensuciarse. Solo gente de su misma calaña es capaz de tocarla, con la consecuencia de que, día a día, esta más y más sucia.

Pronto comenzará la clase, el profesor llegará de un momento a otro.

Esta lloviendo y creo que el profesor no es de por aquí. Tal vez llegue tarde.

No nos saludamos, como si ella no estuviera saqué una libreta de mi mochila. Garabateé unos rostros y después la miré. Arranqué la hoja, la tiré y me puse a dibujar en otra.

Que bella estaba en esos trazos mal dibujados.

— ¿Esa soy yo? —creo que era la primera vez que me preguntaba algo en todo el curso.

— Hem... No, no. Es el boceto de un cuadro que quiero pintar —mentí sin mucha convicción en mis palabras.

— Pues se parece a mi. ¡Marta! ¡Marta! ¡Ven a ver lo que ha dibujado! —Gritó la muy tonta.

— ¿Qué? —dijo nada más llegar la tal Marta—. ¡Oh! Qué bonito —que falsas habían resultado sus palabras.

— ¿A que se parece a mi?

— No —la respuesta, falsa, me sorprendió incluso a mi. Nunca sabré el por qué de ese engaño.

El caos de la clase llamó la atención de un profesor que vagabundeaba por los pasillos. Este profesor se quedó con nosotros, vigilando, hasta que llegó el profe de lengua.

— Silencio, por favor —el ruido comenzó a disminuir hasta que solo quedó su voz en el aire—.

Como hoy hemos perdido más de media hora de clase corregiremos mañana los ejercicios de ayer,

junto a los de hoy. Bueno, como os comentaba en la clase anterior: Bécquer fue un poeta del movimiento del Romanticismo. Como recordaréis, el Romanticismo es un movimiento que defiende la fantasía y la imaginación...

Mientras el profesor daba comienzo a la lección de hoy, yo seguía sumido en los ligeros trazos de aquel rostro garabateado. ¿Podían un puñado de líneas ser tan expresivas?

Aunque estaba más bella junto a mi, apoyada sobre su mano, mirando al profesor con su mirada vacía. En su mundo, aislada.

En medio del doble pupitre que compartíamos estaba el garabato. Aquel en el cual su rostro estaba grabado.

Para cuando me di cuenta ya había sonado el timbre y el maestro estaba guardando el libro del profesor en su maletín. Siempre me había preguntado ¿de verdad saben dar clases los profesores? ¿o es ese libro quien nos corrige los ejercicios y da las clases tomando el cuerpo del maestro?

Tocaba historia. Una abultada peonza entró por la puerta, era baja y ancha. Su voluminoso cuerpo se sostenía sobre unos pies muy pequeños, daba la impresión de que tarde o temprano caería al suelo. Sujetaba en sus manos una pila de tres o cuatro libros y un estuche de gafas.

— Venga chicos, sacad un folio y coged el boli. Haremos un comentario de texto del fragmento de texto que os voy a entregar —cogió uno de los folios que traía metido en un libro—. Este texto —dijo señalando el que tenía en la mano— es un fragmento de "Pensamientos filosóficos", una obra de Diderot...

Se escuchó en la clase un suspiro de resignación. Y todos, una vez nos entregaron el texto, comenzamos a leerlo, y después a releerlo, y mas tarde a subrayarlo, y después a desarrollar lo que era el cuerpo del comentario.

El silencio embargó la clase. Y yo no podía quitarme de la cabeza aquellos trazos tan extraños, tan reales. En ellos veía su imagen vacía, pero podía fantasear con que, en realidad, tenía algo en el cerebro.

Entre líneas de Diderot y garabatos paso otra hora más.

El profesor de matemáticas, no se cómo, siempre llegaba antes de que el otro se vaya. Barajaba la hipótesis de que saliera de las otras clases antes de que tocara, pero los días que teníamos clases con él, se quedaba hasta que tocaba.

El profesor de matemáticas, en resumen, era una especie de Flash. No solo llegando rápido a clase sino resolviendo cuentas, además era bastante joven para ser profesor de matemáticas.

Nada más llegar, sin siquiera saludar, se puso a dibujar o escribir, depende de como interpretes las matemáticas, ecuaciones en la pizarra.

Después de esta clase tocaba ya el bendito y merecido recreo, esos treinta escasos minutos, en el que yo me encerraba en la biblioteca del instituto. Ahí leía o simplemente hacía acto de presencia.

Los minutos fueron cayendo perezosamente y el tictac de mi reloj de pulsera se me hacía insoportable, estresante, agobiante...

Parecía que esas ecuaciones venían para no irse. Esas “x” me sugerían cruces gamadas que se tatuaban en mis pupilas. Las matemáticas siempre habían provocado en mí una sensación de inseguridad, de miedo, que solucionaba garabateando en las últimas páginas de la libreta.

Al fin sonó el timbre, sonó a victoria. Las ecuaciones habían perdido y se retiraban hasta mañana a quinta hora.

“Flash” se tomaba su tiempo en recoger todo. Nos miraba con cara de sufrimiento, como preguntándose que qué le había pasado a la juventud, ¿dónde estaban las ganas de estudiar, de aprender?

Yo no lo odiaba a él. Él me parecía una persona admirable. Lo que odiaba era su trabajo: Profesor de Matemáticas.

Cuando terminó de recoger sus cosas y ya se iba a marchar se despidió, con una sonrisa, de mí. Yo cogí el retrato y bajé corriendo hasta la biblioteca. Una vez en su seno me sentí como cuando vuelvo a casa, con su ambiente cálido, sus paredes de libros y su embargador mutismo.

Me senté en una silla, donde estuviera alejado del resto. Saqué el dibujo, lo contemplé una vez más, lo notaba vacío, así que fui a pedir un lápiz a la bibliotecaria.

Cuando volvía a mi sitio pasé por la estantería de poesía, cogí una antología de Neruda.

Ya sentado en la silla me puse a hojearlo y vi alguno de sus cien sonetos de amor. Me puse a rellenar el dibujo con versos y así poco a poco le iba dando sombras y lo iba llenando de cultura.

Era un vano consuelo, pero por lo menos ya no estaba vacía como antes.

Cuando sonó el timbre ya había rellenado más de medio rostro. Los versos se homogeneizaban una sobre otro dando una tonalidad gris que variaba según la intensidad o cantidad de letras escritas en esa zona.

Volví a mi clase con el garabato en la mano. Como no cerré la puerta cuando me fui, no tuve que esperar al delegado. Me senté en mi mesa y metí el dibujo en el archivador.

Poco a poco llegaban los demás y el caos comenzaba a reinar. Se escuchaban comentarios de todo tipo, no faltaba el típico enunciado de: ¡¡PALIZÓN!! ¡¡SIETE A DOS!! Y esos sonidos animales incoherentes que suelen decir para darse la razón entre ellos.

Tocaba inglés. El profesor ya estaba en la puerta, pero como teníamos clase después del recreo se quedaba un rato en la puerta hasta que se calmase un poco el ambiente.

— Hello —dijo cuando ya se atrevió a entrar—. Silence, please. Sacad el homework que vamos a corregir los ejercicios. ¿Algún voluntario?

Se escuchó un “yo” desde el final.

Mientras corregían los ejercicios en la pizarra yo miraba a mi compañera -vacía-. Estaba escribiendo, y lo que escribía era algo que yo había escrito, antes, en otro sitio. Estaba escribiendo lo que yo había escrito dentro del dibujo, del garabato, del retrato, dentro ella...

Ella misma parecía sorprendida, pero yo lo estaba aun más. La había rellenado de verdad, yo podía hacerla cambiar, yo podía limpiarla, yo podría volver hacer billar aquel diamante.

No se como, pero había funcionado, ella era a cada instante más culta.

Pensé en escribir a diario las lecciones que diéramos para mejorar sus notas, luego copiarle unas novelas en la frente.

Podría crear un ser perfecto: belleza, cultura, inteligencia, todo habitando en un mismo hogar.

Incluso podría rellenar su cabeza con mi nombre, entonces sería mía. Ella se obsesionaría conmigo y entonces yo poseería a mi mujer perfecta.

En cuanto llegué a casa no perdí el tiempo. Me puse manos a la obra, a reformar un cerebro en bruto alojado en un cuerpo de preciosa fachada.